

¿Cómo “cocinar” docentes de música en cuatro años?

González María Virginia , IFDC VM/ vgonzalez.musica@ifdcvm.edu.ar

La cebolla debe estar finamente picada. Les sugiero ponerse un pequeño trozo de cebolla en la mollera con el fin de evitar el molesto lagrimeo que se produce cuando uno la está cortando. Lo malo de llorar cuando uno pica cebolla no es el simple hecho de llorar, sino que a veces uno empieza, como quien dice, se pica, y ya no puede parar. No sé si a ustedes les ha pasado pero a mí la verdad sí. Infinidad de veces. Mamá decía que era porque yo soy igual de sensible a la cebolla que Tita, mi tía abuela.

Como agua para chocolate (Laura Esquivel)

Palabras clave: *profesorado de música – trayectorias estudiantiles – vocación*

Resumen:

El presente artículo problematiza distintos aspectos relacionados con la formación de los docentes del profesorado de Música a partir de una visión que excede la simple revisión sobre las cajas curriculares y que se plantea interrogantes relativos a la vocación, la educación asistemática, la preferencia por un determinado instrumento musical y los retos propios del último año de la carrera.

Tenemos los ingredientes (espacios curriculares), tenemos el procedimiento (metodología), tenemos los elementos necesarios (recursos, espacio, tiempo). Entonces, podemos comenzar a llevar adelante nuestra receta y que todo salga tal como está programado. Pero, ¿puede un profesorado compararse con una receta de cocina? ¿Acaso Laura Esquivel no nos está llevando al plano emocional cuando nos habla de llorar? ¿Y qué tiene que ver lo emocional con la cocina? Lo mismo pasa en la educación. No nos podemos olvidar de lo afectivo y esto generalmente no está contemplado en un plan curricular. Sin embargo, siempre está allí, pujando por salir a la luz.

Esta analogía pretende simplemente, presentar razones para fundamentar que los cuatro años de un profesorado de educación, probablemente no bastan para formar docentes. Hace falta mucho más que eso, y tal vez, no es deber de las instituciones ocuparse de ello, sino que se constituye en un requisito extracurricular, relacionado con el amor y la pasión que podemos llamar: vocación.

¿Acaso un título de nivel superior puede garantizar que tenemos docentes bien formados/os, listas/os para enfrentarse a la situación áulica? Y si no puede, entonces, ¿qué podemos hacer para responder a esta necesidad?

Como formadores de formadores, las/os docentes de institutos superiores nos vemos en el compromiso de seleccionar los ingredientes y condimentos esenciales y particulares que requiere esta receta.

De estudiantes a docentes: una trayectoria sin recetas

Repasemos un poco la génesis de esta receta. La carrera de Profesorado de Música del Instituto de Formación Docente Continua de Villa Mercedes (en adelante, IFDCVM) tiene un plan curricular de cuatro años de duración. Sin embargo, nos encontramos con estudiantes que demoran mucho más tiempo en recibirse. Notamos a su vez, un importante porcentaje que abandona la carrera, no sólo en los primeros años, cuando quizás su vocación no está muy definida, sino también en los últimos.

Entrar a un Profesorado no siempre significa tener en claro el objetivo de convertirse en docente. En un gran porcentaje de los casos, las/os estudiantes ingresan buscando aprender más acerca de la disciplina, que acerca de cómo enseñar, motivo por el cual hay tanta deserción en el primer año, particularmente en el primer cuatrimestre.

Quienes pueden atravesar esa barrera de entender que están allí por algo más que una búsqueda disciplinar, y que además de estudiar escalas y punteos, tienen que estudiar cómo proyectar esos conocimientos en el aula, avanzan hacia otro terreno igualmente escabroso, que consiste en permanecer para alcanzar la meta. En algún momento de su trayectoria se preguntan si van a ser buenos docentes, si todo lo que están aprendiendo será suficiente, si tanta teoría y situaciones prácticas modelo realmente les brindan las herramientas para su futuro profesional. Éstos y muchos otros interrogantes aparecen en el imaginario del estudiante.

¿Realmente es suficiente la formación que se les brinda desde la carrera? ¿Alcanzan estos cuatros años para que adquieran las habilidades que requiere un/a docente? Podríamos imaginar una máquina de fabricar docentes como si fuera un horno eléctrico de pan, donde en vez de colocar la materia prima, ingresan las/os estudiantes, con

rostros llenos de incertidumbre, cabellos desarreglados y ropa desaliñada, y luego del tiempo de mezcla, amasado y cocción, salen docentes impecables, con rostros de confianza, de punta en blanco, portafolio en mano lleno de recursos, la mente llena de ideas y el corazón seguro y abierto. Pero por supuesto que la carrera es otra cosa totalmente diferente.

Lo cierto es que no hay forma de saber si los cuatro años son suficientes. Podemos ver egresadas/os ya con cinco años de antigüedad en la docencia que se han vuelto prácticamente expertas/os en el arte de enseñar. En su corta vida profesional han adquirido la experiencia que completaría su bagaje de conocimientos. Y así mismo vemos otras/os, que llevan cinco a diez años y aún siguen con incertidumbres.

¿Qué falla entonces? ¿Es que acaso es diferente la formación para una/o u otra/o? Probablemente haya sido la misma. Y en ese caso debemos pensar que existe algo más que la formación académica. Algo intangible e invisible que les da la capacidad para desempeñarse. Y no es ni una máquina, ni una varita mágica. Es, quizás, una cuota de personalidad, una pizca de talento, o tal vez, una suma de circunstancias de aprendizajes significativos que se presentan más allá de los libros.

¿Qué cosa, además de un título, de un puntaje de Junta de Clasificación o de un promedio sobresaliente puede llevar a convertir a un/a estudiante en docente? ¿Qué habilita para que podamos decir y sentir no sólo “esto es un maestro”, sino más bien “aquí hay un maestro”? (Duschatzky, 2018)

Es en este punto en el que podemos reflexionar acerca de todas aquellas cosas que se ponen en juego al momento de estar frente a un aula. Podría preguntarse cualquier

estudiante: ¿quién es esa persona?, ¿qué la/o habilita a enseñarme?, ¿en qué momento y bajo qué condiciones dejó de ser estudiante y pasó a ser docente?

La situación es quizás la clave. Una institución educativa, un horario, una materia en agenda y un grupo de personas -o al menos dos-, donde una cumple el rol docente y otras -u otra- cumplen el rol de estudiantes. Quien cumple el rol docente se para frente al resto y se dispone a enseñar. ¿Es esto suficiente? ¿Es esto una regla para que suceda la situación educativa?

Me detengo a pensar por qué me desacomodan estas ideas. Y encuentro en mi interior una duda constante. ¿Quién soy yo como docente para situarme delante de un grupo de personas -mis estudiantes- a enseñarles algo? ¿Alcanza mi formación para convertirme en docente? Siempre fui una persona inquieta y nunca dejé de estudiar, de leer, de informarme. Pero también soy muy consciente de mis limitaciones. Por este motivo siempre comienzo y termino los cuatrimestres recordándoles que mi rol allí es circunstancial, que solamente soy una guía en este momento de su trayectoria académica, que mi intención es brindarles herramientas para ellos mismos puedan continuar su búsqueda, la cual será inacabada, como la mía. Jamás tendremos todos los conocimientos, jamás habremos aprendido o enseñado todo acerca de algo. La educación es imposible, ya nos decía Freud. Sin embargo, aquí estamos. Hagamos lo mejor posible.

Currículum: ingredientes que sobran y que faltan

Podríamos analizar, en el caso del Profesorado de Música, diferentes planes de estudio para comparar, analizar y sacar conclusiones. Nos encontraríamos con la sorpresa de

que distan mucho uno de los otros en cuanto a estructura, materias, carga horaria, etcétera. Si bien existe un lineamiento nacional -impartido por el Instituto Nacional de Formación Docente (INFoD)- que se debe respetar a la hora de armar la caja curricular, cada jurisdicción tiene ciertas libertades, dando como resultado planes con más diferencias que similitudes.

Cuando hablamos de planes de estudios utilizamos el término “caja curricular”. Interesante esta imagen como caja de herramientas: ¿qué entra y qué no en esa caja?, ¿cómo aparece lo escolar y lo extraescolar ahí, el currículum oculto y el oficial? ¿Qué herramientas estamos colocando en esta caja y cuáles no? Intentamos brindar todo aquello que les permita desenvolverse en su rol, sin embargo, es muy difícil saber si lo que ponemos allí será suficiente. A su vez, es muy difícil determinar qué del currículum oculto realmente acompaña y refuerza el tipo de perfil de egresada/o que estamos persiguiendo.

En el Profesorado de Música del IFDCVM, que lleva casi 20 años de existencia, ya ha habido cuatro planes diferentes y se asoma la revisión de un quinto. Reaparecen entonces los interrogantes sobre la formación en los cuatro años que dura la carrera. ¿Qué necesidades tenemos? Creemos que esto debería funcionar como pregunta de investigación, como pregunta constante, como pregunta que motoriza una permanente revisión de las prácticas, un diálogo incluso con estudiantes y comunidad educativa. Es decir, plantear como pregunta-problema permanente durante nuestra función como formadores de formadores, presente en cada planificación de nuestras clases, no sólo a la hora de reformular un plan de estudios.

En la práctica, nos sentamos a debatir y refunfuñar sobre aquello que se debería reforzar. Nos quejamos de la falta de base, de las carencias de la educación musical en

los niveles previos al superior, de las ausencias de contenidos fundamentales, etc. Nos quejamos y mucho. ¿Y qué hacemos para mejorar la situación actual de la carrera? Mientras tanto, llevamos adelante reuniones de articulación entre espacios curriculares, donde se intenta llegar a acuerdos entre pares, basados en la evidencia del día a día.

Por un lado, nos preguntamos, ¿Qué les está faltando a esas/os estudiantes de cuarto año, a punto de graduarse? ¿Reforzar conocimientos sobre el lenguaje musical? ¿El dominio sobre un instrumento? ¿Las estrategias didácticas y de planificación? ¿Los recursos digitales/ tecnológicos? Y por el otro, aparecen preguntas relacionadas con lo que las/os estudiantes sí tienen: ¿Con qué llegan? ¿Qué les está sobrando o qué es lo que portan? Quizás estamos en una sociedad que nos motiva más a pensar en lo que nos falta, que en lo que tenemos, como si nos incitara a focalizarnos en la mitad vacía del vaso. Sin embargo, parte de lo que traen las/os estudiantes tiene que ver justamente con aquello hacia lo cual apuntamos en este trabajo, relacionado con su vocación, sus motivaciones personales y sus potencialidades.

En las últimas modificaciones curriculares, se nos pedía reforzar el contacto con la realidad del aula de forma temprana, cuestión de la cual se ocuparon las/os docentes del Área de Formación en la Práctica Profesional. Ellas/os organizaron sus Espacios Curriculares (EC) previendo que desde primer año las/os estudiantes pudieran observar y hacer micro clases, para ir aumentando responsabilidad año tras año.

Por otro lado, se pidió bajar la carga horaria de los EC de Formación General a lo mínimo y así poder tener horas disponibles para la Formación Específica. Esto, creemos, por más que realmente sucediera, sigue teniendo un desbalance, ya que parece que las/os graduadas/os salen sabiendo más sobre el “cómo” enseñar que sobre el “qué” y eso se convierte en un problema al momento de enfrentar la realidad del aula.

Hay una dimensión de “combinar” elementos en la formación, en el plan de estudios, en la gestión de la institución en sí, en el vínculo con los estudiantes y los énfasis en los contenidos y cosas... ¿Con cuánto de cada cosa “egresa” un estudiante? ¿Cuál será la proporción justa? ¿Cómo ir “leyendo” las desproporciones que se dan, cómo ir readecuando las formaciones y la manera de encarar el vínculo? Una dimensión interesante que vincula programar, diseñar, etc., con una cuestión un poco más “artesanal”. (Gago, 2020)

Por mi parte, como docente de un EC del último año de la carrera, me siento con la responsabilidad de brindarles todo aquello que pudiera estar faltando, labor titánica para un sólo espacio que tiene una carga de tres horas semanales. Sin embargo, más que ofrecerles dichos contenidos, me ocupo de detectar potencialidades, falencias y señalar posibles caminos a seguir luego de su egreso. A veces me encuentro con estudiantes que poseen una gran habilidad e interés en seguir formándose en el campo específico. Otras tantas, con quienes sienten que no podrían desenvolverse en un aspecto en particular, porque siempre les costó, y prefieren ir llevando su camino hacia lugares más cómodos o seguros.

El EC del que soy docente responsable se denomina Proyecto Musical, espacio en que deben escribir y llevar a cabo la implementación de dos proyectos en el año, uno grupal y otro individual. Dentro de ciertas pautas, tienen la libertad de elegir temáticas de interés personal y en cuya implementación crean sentirse cómodos. Al finalizar el año, hacemos un balance individual, donde se establece un diálogo profundo con cada estudiante a punto de egresar. Se revisan las fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas de cada proyecto y de todo su recorrido académico por la carrera, tratando de encontrar puntos flacos a seguir trabajando y potencialidades a explorar. Luego, en

un coloquio final grupal, se ponen en común todas estas conclusiones, con el objetivo de compartir experiencias y sumar nuevos aportes desde otras miradas.

La idea es descubrir, al final del camino, que en realidad la obtención del título es sólo un punto de partida. Que el verdadero Maestro se hace en la cotidianidad del aula, al enfrentar la realidad del día a día. Que siempre seguimos aprendiendo y sumando experiencias. Que su paso por la institución pudo haberles brindado herramientas, metodologías, contenidos, destrezas, pero que bien podríamos guardar todo eso en un cajón y salir al aula a repetir clases como loros. Aunque por supuesto, la idea es no convertirse en reproductores de esquemas, sino en transformadores creativos e innovadores.

La propuesta es no quedarse quietos, seguir buscando, seguir explorando. Jugar, experimentar, equivocarse y seguir intentando. Y sobre todo nunca perder el foco de lo que verdaderamente amamos, de aquello que nos inspira y nos mueve, que en nuestro caso es la Música.

Cualquiera que haya leído una receta de cocina, sabe que algunas de las instrucciones son complejas. Por ejemplo, al hacer un bizcochuelo no es lo mismo mezclar los huevos enteros, que por un lado las yemas y por el otro batir las claras a punto "nieve". Saber exactamente cuál es ese punto puede hacer la diferencia entre un resultado esponjoso o un budoque de masa.

Siguiendo con nuestra analogía, a pesar de que tengamos la receta y los ingredientes sean los mismos, el resultado no es igual ¿Da lo mismo aprender de tutoriales que cursar un profesorado? ¿Qué tiene un/a egresada/o de un profesorado que no tienen aquellas/os que no han atravesado una formación sistemática? Tienen, al menos, el

bagaje de experiencias y recursos que les brinda la educación formal. Una educación sistematizada que, por supuesto, nunca será suficiente.

Todo lo que hayan vivido en esta institución los habrá atravesado, desde lo emocional, pasando por lo intelectual y perdurando en lo espiritual. Las materias promocionadas con 10 y las rendidas hasta tres veces; las/os docentes inspiradoras/es y aquellas/os a quienes prefieren olvidar; las correlatividades inútiles y las justificadas; las mañanas, tardes, noches de estudio y ensayo con compañeras/os y en soledad.

Una persona que no pasó por una de estas instituciones, o sólo pasó por escaso tiempo, ¿puede desempeñarse como docente? ¿Podría un tutorial de YouTube asemejarse en lo más mínimo a esas experiencias? ¿Podrían un libro de teoría y unas horas de práctica instrumental formar un/a maestro/a de música?

Un ejemplo de esto podría ser el siguiente:

Leo una publicación de clases de teoría musical en “La Casa de la Cultura”, un sitio que administra la Municipalidad de mi ciudad. Me genera curiosidad quién lo dicta y cuando encuentro el nombre de la persona, reconozco a un joven que hace un par de años comenzó la carrera de Profesorado de Música, para abandonar a los pocos meses. Me pregunto, conociéndolo mínimamente por haberle brindado algunas clases, ¿qué le habrá hecho pensar que ya era portador del conocimiento como para dar clases en vez de tomarlas? Además, dictar clases en un ámbito de reconocimiento a nivel cultural. No digo que no tenga conocimientos para ofrecer, sino que éstos no están sistematizados. En la música ocurre muchas veces una dicotomía entre aquellos que han estudiado “por música”, que vendría a ser el conocimiento académico, y aquellos que han aprendido “de oído”, que serían quienes han aprendido de forma autodidacta o por la enseñanza de otra persona que tampoco tiene conocimientos sistematizados.

Algo similar me relata un profesor de danza respecto a alguno de sus alumnos. “Vino algunas clases, preguntó mucho y se fue. Luego me enteré de que tiene su propia academia.”

¿En qué punto un alumno se autoproclama maestro? ¿Acaso no es bastardear la función docente? O al menos desmerece el esfuerzo de quienes hemos estudiado, atravesando trayectos de práctica profesional, exámenes, años de cursada para la obtención de un título. Probablemente se confunde en un punto “saber” con “saber enseñar cómo acceder al conocimiento”. Tal vez en otro punto se confunde al “artista” con el “docente de educación artística”, presuponiendo que es lo mismo, o bien, que da lo mismo porque “si lo sabe hacer, lo puede enseñar”. Por supuesto que no dudo que exista la idoneidad, pero la pregunta entonces es: ¿Quién y de qué manera puede determinar que alguien es idóneo? Un especialista en la materia, por supuesto. O una institución que imparte una titulación, que acredita un diseño curricular, avalado por un organismo como el INFoD o la CONEAU¹ en el caso de las carreras universitarias.

Es la educación superior, quizás, una de las deudas del sistema educativo formal. Su organización, sus pautas, sus requerimientos formales siguen en plena transformación y debate, así como hacia adentro de cada plan de estudios. Sin embargo, podríamos afirmar que ha crecido desde aquella formación de “maestras normales” - “conservatorios” en el caso de Música-, desde aquellas “pruebas de aptitud” que se tomaban en otras épocas para acceder a cargos u horas en las escuelas.

Seguramente que un joven autodidacta y emprendedor tendrá algo que enseñar a aficionados de la música en un taller abierto, pero siempre tendrá una gran diferencia con el tipo de formación que puedan desarrollar egresadas/os de una institución de educación superior o universitaria.

¹ Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria.

La apertura de posibilidades a personas que no poseen la formación sistematizada a dictar clases en el sistema formal, no ha logrado más que bastardear la labor docente. Entre dictar un taller vocacional y dar clases en nivel primario de una escuela de gestión privada, hay sólo un pequeño paso de distancia y eso es sumamente preocupante.

¿Quiénes están hoy frente a un aula? ¿Alcanza con tener una recomendación -o una amistad con influencia- para cumplir el rol docente dentro de la educación formal?

Es de público conocimiento que en muchas instituciones de gestión privada se paran frente al aula personas que no son docentes tituladas/os, aunque sí son supuestamente idóneas/os para realizar dicha función.

Trayectorias de aprendizaje: el punto de cocción

Encontrar potencialidades en las/os estudiantes implica un reconocimiento de sus lugares seguros y aquellos en los cuales se han sentido con ganas de más. Así como también en algunos casos, el hecho de encontrar ciertas falencias e inseguridades nos obliga a buscar por otro lado.

Existen estudiantes, en el caso del Profesorado de Música, que manifiestan inclinarse hacia la enseñanza de un instrumento musical. Si bien es una carrera que apunta a un perfil de egresada/o que trabaja en la educación formal, el caso de “Juan” es el de un excelente músico orientado a la enseñanza de la guitarra, con especial preferencia hacia algunos estilos populares como el blues y el jazz. Mi sugerencia en casos como éste es trabajar un proyecto de enseñanza de guitarra sobre un tema específico, que focalice en la técnica de un estilo como el blues, y que pueda ser adaptado a un taller a dictarse

tanto en un centro comunitario, en un instituto privado, como en un taller extracurricular dentro de una escuela. Por supuesto, para este alumno, la sugerencia al finalizar su carrera, es que continúe estudiando para especializarse en el instrumento, como por ejemplo de una Licenciatura en Guitarra o carreras similares.

Potencialidades podría nombrar muchas descubiertas a lo largo de los diferentes años. Algunas orientadas a la enseñanza de la música folklórica argentina, otras hacia la historia, la didáctica, la educación especial a través de la música, o hacia los diferentes niveles de la educación formal.

El caso “María” ejemplifica un asunto ciertamente diferente. A raíz de algunas dificultades en su trayectoria, demostró tener ciertas dudas en continuar su carrera. Luego de tener que recursar varios EC, estuvo a punto de bajar los brazos en muchas oportunidades. Sus problemas, probablemente, son previos al ingreso a la carrera, como dificultades en la comprensión de textos y en la escritura, además de cuestiones de índole personal. Su tránsito en la carrera se extendió considerablemente más allá de los cuatro años. Al momento de cursar Proyecto Musical, ella eligió un proyecto basado en un taller de Iniciación Musical en un Jardín de Infantes donde la materia Música no tiene presencia curricular por falta de cargo. Su desempeño en torno al proyecto fue muy bueno, a diferencia de cómo sucedió en otros EC donde debía trabajar con alumnos de nivel primario y secundario. Sin dudarlo, sugerí que su mejor ámbito de desenvolvimiento profesional a la hora de graduarse sería el nivel inicial. Además de haber demostrado empatía y dominio de grupo con niñas/os pequeñas/os, es un entorno en donde sus dificultades no se ponen en evidencia. Ese sería su lugar seguro, si así lo quisiera. Por supuesto que luego son otros los factores intervinientes a la hora de obtener un trabajo, como la demanda de cargos en este nivel y su disponibilidad. Sin

embargo, la idea es reforzar su seguridad tratando que intente desenvolverse donde pueda sentirse cómoda y no se sienta presionada a resolver cuestiones de otra índole, como las problemáticas que en su formación se manifestaron en otros niveles educativos.

Es probable que, debido a sus cualidades y trayectoria de aprendizaje, el estudiante “Juan” finalice su carrera antes que “María”. Sin embargo, la titulación será la misma para ambos ¿Qué les diferencia entonces? Su transitar académico ha tenido diversos obstáculos, que alguna/o pudo superar mejor que otra/o. La intención de Proyecto Musical como EC es tratar de brindarles confianza en aquellas especificidades en que su desenvolvimiento ha sido más confortable, de modo que al insertarse laboralmente tengan una guía, a modo de autoevaluación de desempeño, que les permita iluminar de alguna manera su camino profesional.

En el texto *Estar en estado de investigación*, Alejandro Papadopoulos (2019) sugiere:

El profesorado no te invita a pensar tu propia historia, los propios afectos, a problematizar, sino que te brinda herramientas para. Y ni siquiera te invita a inventar o crear esas herramientas. Por tanto, ese ejercicio, en el mejor de los casos, se produce en las instituciones. De lo contrario, sólo se aplican las herramientas aprendidas.

En el EC Proyecto Musical, muy al contrario, justamente se sugiere revisar la propia historia. Les proponemos a los/as estudiantes a comienzo de año que piensen, que busquen, que hurguen hacia adentro de sus trayectorias académicas, aquellas cuestiones sobre las cuales les gustaría profundizar. Pueden basarse en alguna dificultad que tuvieron, relacionado con algún docente o EC en particular, o en alguna otra cuestión de interés que pudiera haber surgido durante el tiempo en que cursaban sus tres primeros años, sin ser necesariamente una situación estrictamente académica. De

esta manera, luego de pensarlo deben escribirlo, y por último se realiza un intercambio del cual surgen algunas ideas y aristas más. De allí nace su proyecto musical a desarrollar. Esta revisión muchas veces remueve situaciones que no habían sido exteriorizadas, cuya escritura y socialización, permite un análisis de tal profundidad, que en algunas circunstancias promueve cambios hacia el interior de la cátedra y, por qué no, del plan de estudios de la carrera.

A modo de conclusión. El condimento, la decoración, la presentación

Como docentes de una carrera joven hemos encontrado muchos casos diferentes de estudiantes que ingresan con variados niveles de conocimientos previos y disímiles expectativas. La experiencia con cuatro cajas curriculares distintas nos ha brindado también la posibilidad de observar el impacto, unas veces positivo y otras, negativo, de algunos cambios curriculares, así como el impacto de cambios de docentes a cargo de cada EC.

La conclusión, luego de muchos análisis es que no existe la caja curricular perfecta, el equipo docente ideal, ni la/el egresada/o modelo. La carrera es una construcción colectiva, que se hace entre todas/os, docentes, estudiantes, directivos, no-docentes. Cada cambio curricular debe apuntar a mejorar esa caja curricular tal como si fuera la posibilidad de brindar al estudiante una caja de herramientas con las cuales poder desenvolverse en su vida profesional. A partir de esta idea, debemos revisar, en un continuo proceso de autocrítica, qué elementos estarían faltando, de cuáles se podría prescindir y cuáles podrían modificarse. Preguntarnos constantemente: ¿qué necesitamos que reciba en su formación en cuatro años un/a futura/o docente de música? Y luego, aplicar los medios necesarios para que estos objetivos se alcancen.

Para intentar trabajar con esta pregunta debemos revisar nuestra propia práctica docente y preguntarnos, según nuestro bagaje de experiencias, qué necesita un/a docente para estar frente al aula. Luego, intentar organizar las herramientas de nuestra caja curricular para que, en cuatro años de formación, nuestras/os estudiantes puedan obtener el dominio de dichas herramientas.

Debemos encontrar, en un principio, la proporción justa entre la carga horaria para el Campo de la Formación Específica, General y de la Práctica Profesional. Luego, hallar el equilibrio entre los EC para que los contenidos a desarrollar se articulen de forma coherente. Un trabajo artesanal que apunta a la armonía entre todos los EC dentro de una organización medida y sostenible, siempre con objetivos claros y precisos sobre cuál es el perfil de egresada/o que buscamos.

Nos preguntamos al principio de este escrito por la vocación ¿Cuántos llegan a la carrera realmente porque eligen ser docentes de música? Sabemos que muchos llegan queriendo aprender más música y, al no haber otra oferta académica en la ciudad, eligen el profesorado por ser lo más cercano a sus expectativas. Sin embargo, también nos encontramos con relatos de estudiantes que afirman haber ingresado buscando otra cosa y luego se enamoran de la docencia.

Cada estudiante, no llega vacío de experiencias ni de expectativas al nivel superior ¿Con qué arriban al Profesorado de Música? ¿Qué es lo traen consigo? La idea no es hacer una evaluación diagnóstica de conocimientos sobre instrumento y/o lenguaje musical, sino traer a la luz aquellas inquietudes, preferencias estilísticas, experiencias musicales y/o artísticas previas, expectativas sobre la carrera y posturas sobre el rol del docente de música en la sociedad y sobre el lugar de la música en la sociedad. Todas cuestiones

que pueden afectar en mayor o menor medida a su desenvolvimiento al atravesar la carrera y, como efecto secundario, a cómo llegan a su egreso, si es que lo logran.

Somos conscientes que docente de música no se nace, sino que se hace y es nuestra labor encontrar los ingredientes adecuados y las proporciones justas, para una receta que nunca tendrá los mismos resultados. Siguiendo con la analogía, nos encontramos con diferentes materiales para trabajar en un comienzo, que sería el bagaje con el que llegan a la institución y, sin embargo, ya sea harina de trigo o mandioca, debemos hornear una torta comestible y presentable. Es decir que, aunque nuestro producto acabado no es un objeto, sino un sujeto que debe tener ciertas capacidades para enfrentarse a un aula, es nuestro objetivo que posea las cualidades que esperamos de un/a docente de música. Y fundamentalmente, que sea acreedor de un ingrediente imprescindible, esencial, que es el amor a la Música.

Referencias Bibliográficas

Duschatsky, S. (Barttolotta, L. colab.) (2017) Aquí hay un maestro. En: *Provocaciones para repensar la enseñanza. Ciclo ser director 2017*. Universidad Torcuato Di Tella.

Esquivel, L. (1989) *Como agua para chocolate*. Santillana.

Gago, I. (tutor) (2020) Comentarios al trabajo en proceso. En: *Especialización en Gestión Educativa*. FLACSO.

Papadopulos, A. (2019) Clase: Estar en estado de investigación. En: *Especialización en Gestión Educativa*. FLACSO.